

tristeza del suelo extranjero. Muchos se acogían á los indultos. De esta manera se disgregaban de año en año los grupos de los proscritos. El ejemplo fué contagioso, y lo fué mucho más cuando, en 1856, después del nacimiento del príncipe imperial, el *Monitor* (1) hubo anunciado que se permitiría la vuelta á todo el que reconociese el gobierno legal. Desde entonces ya no quedaron fuera del país más que dos clases de desterrados: los que, habiendo encontrado en la emigración algún recurso lucrativo, habían fijado en ella su residencia, y aquellos á quienes la fama de su nombre ó un orgullo irreducible impedía la sumisión.

## II

Véase ahora el estado de postración en que se hallaba en Francia el partido republicano.

Le faltaban las funciones gubernamentales, de que se hallaba excluido hacía tiempo, y las funciones electivas, de las cuales le alejaban las trabas oficiales y la necesidad del juramento. El ejército, instrumento de las represiones de diciembre, le era odioso. En la magistratura se afirmaba cada vez más el espíritu represivo, dispuesto á acentuar con una interpretación draconiana el rigor de las leyes. No contaban los republicanos con ninguna libertad de imprenta, de reunión ni de asociación, para reconstituir sus fuerzas quebrantadas. Una policía activa espiaba sus actos y hasta sus palabras. Vigilancia inútil, pues la oposición democrática, abatida por el recuerdo de las faltas y de los errores pasados, no hubiera encontrado entonces apoyo en ninguna parte. Todo aconsejaba la obediencia, todo, hasta el aspecto de París, de donde desaparecían bajo las demoliciones las viejas guaridas de motín y que por todas partes se abría á grandes y anchas vías propicias á las prontas represiones.

Cuando un partido está caído, la prudencia aconseja, á veces, no darle el golpe de gracia, sino dejarle por algún lado la ilusión de la vida. A la oposición democrática vencida, el emperador se dignó dejarle un periódico: pero ¿le pertenecía realmente? ¿No pertenecía más bien al gobierno?

Este periódico era *Le Siècle*. Nuestra generación, acostumbrada á los peligros y á las ventajas de la prensa libre, comprendería mal cuál fué la suerte de este diario y se asombraría á la vez de su boga y de su debilidad. Su boga fué la consecuencia de su monopolio: conservado solo en la desaparición común de sus colegas, se enriqueció con todas las ruínas y heredó una clientela que, á falta de otro mejor, lo aceptó, ó mejor dicho, lo soportó tal como era. La debilidad dependía de su situación que le obligaba á no hablar sino con el permiso de aquellos á quienes estaba llamado á combatir. Estado precario y, sin embargo, envidiable, pues tenía seguros muchos lectores, ya que no mucha consideración, y sobre todo beneficios que fueron soberbios. Su redactor en jefe, Sr. Havin, se amoldó ingeniosamente á su doble papel de enemigo y compinche. El *Siècle* hinchaba el tono de sus artículos, afirmaba altamente las conquistas modernas, y, de pronto, se achicaba ante la censura y bajaba prudentemente la voz.

(1) *Monitor* del 20 de marzo de 1856

Este periódico extraordinario prestó dos servicios al partido vencido: impidió que se le creyese del todo muerto, y predicó una especie de democracia burguesa á la cual se adhirieron muchos á quienes el socialismo había asustado. Pero ¿qué eran esos pobres servicios comparados con los buenos oficios que prestó al gobierno imperial? ¿Quién se hubiese atrevido á acusar al Imperio de despotismo, cuando cada día, con su tácito consentimiento, un periódico de una inmensa publicidad proclamaba los principios de 1789, la soberanía del pueblo y las inalienables prerrogativas del Estado laico? El *Siècle* se encargaba de satisfacer en el país aquella necesidad de oposición que no podía suprimirse del todo; y lo más original es que el gobierno daba ó retiraba á su antojo las patentes de corso para las correrías contra él. Cuando al emperador le parecía conveniente aflojar un poco los lazos de su alianza con el partido religioso, le bastaba dar libertad al *Siècle*. Entonces, los colaboradores de Havin soltaban una andanada de artículos sobre la noche de San Bartolomé, la revocación del edicto de Nantes, Voltaire, Galileo, la Inquisición, el tormento, Pascal, los Jesuitas, el derecho de pernada; artículos que leía con fruición la clientela del periódico, pero que, en cambio, preocupaban á los católicos y hacían decir á Luis Veuillot: «El *Siècle* se halla bajo la protección de la policía y el *Univers* bajo su vigilancia.» Cuando la lección había sido suficiente, un comunicado seco, dogmático y altivo ponía coto á aquellos raudales de elocuencia y volvía á hacer de Napoleón el hijo mayor de la Iglesia; y otra vez, para restablecer el equilibrio, el torrente volvía á correr hasta que otra señal lo detenía de nuevo. Napoleón había realizado el milagro de ser el regulador de la oposición: favorecía ó dificultaba la introducción de las ideas democráticas como con el régimen de la escala móvil se aceleraba ó contenía alternativamente la entrada de los trigos; á su antojo, abría ó cerraba las esclusas según que le conviniera elevar ó bajar el nivel de la autoridad ó del liberalismo, del librepensamiento ó de la ortodoxia.

Tal era el único periódico del partido democrático, y ya hemos visto quién lo manejaba. En aquel universal abandono la mayor parte de los republicanos se rindieron al destino y atendieron únicamente á su suerte particular, puesto que se les escapaba todo lo demás. Aun en el terreno privado, la prudencia no era superflua: si eran empleados del Estado, tenían que temer las reprimendas y las cesantías, en castigo á una hostilidad demasiado viva; si eran médicos, comerciantes ó artesanos, tenían que guardar contemplaciones con su clientela que no quería exponerse al disfavor que perseguía á la demagogia; si eran impresores, tenían que guardarse de las imprudencias que hubieran acarreado la retirada de su patente; si eran escritores, se veían obligados á no asustar á los editores, á ponerse al nuevo diapason, á buscar fuera de la política asuntos neutrales aunque dignos de interés. Muchos se refugiaron en el foro, donde encontraron una vida decorosa, recursos suficientes y éxitos tanto más señalados cuanto que la elocuencia estaba proscrita de todos los demás sitios. Algunos se lanzaron á los negocios bancarios ó financieros: éstos fueron los menos, pues la mayoría de los republicanos de entonces tenían poco capital, estaban más ávidos de

renombre que de fortuna y eran más hábiles para el manejo de la palabra que para la contabilidad. Otros encontraron sus medios de subsistencia en la prensa literaria.

Muchos demócratas se hallaban en la miseria, ya porque una larga detención les hubiese privado de su empleo, ya porque la desconfianza ó la timidez de sus patronos les hubiese echado de su plaza. El Sr. Goudchaux, al mismo tiempo que postulaba en favor de los emigrados, empezó á recoger ofrendas para sus correccionarios del interior. Tarea doblemente ingrata, pues, al decir de los asistidos, la asistencia era mezquina, y, al decir del gobierno, más que aliviar la pobreza asalariaba al crimen. Habiéndose recogido y divulgado las listas, vióse entre los socorridos el nombre de la viuda de Vappreaux, uno de los asesinos del general Brea, y otros nombres comprometidos en las conspiraciones (1): en seguida los periódicos oficiales protestaron y se complacieron en señalar la solidaridad de los republicanos, desde los más íntegros, como Goudchaux, hasta los factores habituales de asesinatos ó sediciones.

En medio de aquella calma forzosa, sólo en los bajos en que la espuma se agita se hallaban entonces algunas huellas de actividad, pero de actividad desordenada, perversa y criminal. Allí se tramaban las conspiraciones; allí se meditaban, para ciertos aniversarios ó funerales, quiméricos proyectos de insurrección; allí se urdían algunos planes de motines provinciales, locas intenciones apenas dignas de mención.

Entre los complotos, el primero por la fecha fué el llamado de la *Opera Cómica*. En la primavera de 1853, la policía tuvo indicios de manejos misteriosos que parecían tener por objeto el asesinato del emperador. El 2 de junio, algunos individuos desconocidos, ó conocidos únicamente en las sociedades secretas, y entre los cuales figuraban los llamados Foliet, Alix y Ruault, fueron vistos en ocasión en que se dirigían hacia el Palais-Royal discutiendo un proyecto de barricadas. El 3 se juntaron en la Chapelle, en casa de un tal Decroix, antiguo *deportado de Junio*. La presidencia del conciliábulo fué confiada á Foliet, que habló mucho y trató sobre todo de averiguar si podía contarse, como en 1848, con los obreros y particularmente con los de los ferrocarriles. «¡Oh!, no, replicó un tal Vauthier, empleado en el ferrocarril de Orleans; han cambiado mucho, son hoy padres de familia y con los años se han vuelto juiciosos (2).» El 5 de junio, celebraron una tercera reunión en medio de unos terrenos vagos inmediatos á las fortificaciones. Ocupáronse otra vez de la organización de barricadas, se aseguraron de una imprenta, dijeron haber fabricado ventisís cañones con tubos de gas, cuyos cañones habían costado en suma 150 francos. El plan consistió en tirar sobre el emperador tan pronto como *la ocasión favorable se presentase*; después de lo cual pasearían su cadáver, proclamarían la República y establecerían la dictadura de Blanqui, cosas todas ellas que parecían sumamente fáciles á aquellos ilusos, tan pobres de espíritu como perversos. Hacía dos horas que deliberaban, cuando, á la aparición de un gendarme, se dispersaron súbitamente los conspiradores.

(1) Véase el proceso de Delescluze, Marchais y otros (*Gazette des Tribunaux* del 3 de marzo de 1854).

(2) Audiencia del Sena, declaración de Vauthier (*Gazette des Tribunaux* del 10 de noviembre de 1853).

Al día siguiente se supo que el emperador iría, el 7 de junio, de Saint-Cloud al Hipódromo. ¿No sería «la ocasión favorable?» Así lo pensaron los conjurados: varios de ellos se reunieron á la entrada del bosque de Boloña, y otros, los más, cerca del Hipódromo. Pero la policía tenía los hilos del necio y miserable complot, y tomáronse las medidas necesarias para la seguridad del emperador (3). El día 8 celebróse un nuevo conciliábulo en que tomaron parte algunos estudiantes. El golpe de mano errado la víspera fué diferido para el día en que tenía que abrirse la Exposición de horticultura. Por más incoherentes que fuesen estos planes, la autoridad juzgó que era hora de ponerles coto. En la noche del 8 al 9, Foliet y sus principales compañeros fueron detenidos; la imprenta fué cogida en casa de un valaco llamado Bratiano; los cañones no se encontraron, pero la descripción que se tuvo de ellos hizo desistir de buscarlos, pues se estimó que no podían hacer daño sino á los que se atrevieran á dispararlos.

Este plan fué reproducido, con menos impericia, por un belga llamado Merén. El 3 de julio este Merén reunió en Saint-Mandé á todos sus cómplices; y el 5, día en que el emperador tenía que ir á la Opera Cómica, les señaló su puesto, quién en la calle ó en el bulevar, quién en el café del Gran Balcón, y les entregó armas. Nada olvidó, ni siquiera el convocar á un cirujano para curar á los heridos sobre el terreno (4). Al pasar el coche del soberano, los conjurados habían de acercarse á él gritando: «¡Viva el emperador!» Merén daría luego la señal tirando dos pistoletazos sobre el coche imperial y consumaría el atentado. Afortunadamente los agentes de la autoridad, que estaban en guarda, no tardaron en reconocer las mismas caras siniestras que habían visto ya el mes anterior en las inmediaciones del Hipódromo. Detuvieron á los sospechosos, y nueve de éstos fueron encontrados portadores de puñales y pistolas cargadas (5).

La sumaria tendió menos á repartir las responsabilidades entre aquellos miserables comparsas que á averiguar quiénes habían sido sus instigadores. En el domicilio de casi todos los inculcados se encontraron ejemplares manuscritos ó impresos de las proclamas de los desterrados; ciertas declaraciones permitieron creer en inteligencias con Inglaterra; uno de los acusados pretendió que el ex representante Charrás había estado al corriente de todo. Pero ¿qué certeza fundar en denuncias incoherentes ó interesadas? Hacía ya dos meses que duraba la sumaria cuando se practicaron registros en casa de algunos republicanos notables, tales como Goudchaux, el Dr. Guépin y Delescluze, hermano del antiguo comisario general del Norte; hicieronse algunas detenciones, aunque pocas de ellas fueron mantenidas. Todas estas medidas rigurosas no condujeron más que á resultados ilusorios; en casa de Goudchaux, la autoridad se incautó de las listas de socorros para los proscritos, y en el domicilio de otros se sorprendieron ves-

(3) Audiencia del Sena, declaración de Xavier Turlure, agente de orden público (*Gazette des Tribunaux* del 10 de noviembre de 1853).

(4) Audiencia del Sena, interrogatorio de Follet (*Gazette des Tribunaux* del 9 de noviembre de 1853).

(5) Audiencia del Sena, declaraciones de Turlure y Chevalier, pedimento fiscal del abogado general Mongis (*Gazette des Tribunaux* del 10 y 11 de noviembre de 1853).



tigos de alguna asociación clandestina; pero en ninguna parte apareció un verdadero plan que permitiese denunciar una vasta conspiración anárquica. Mientras tanto, los autores del complot comparecían ante el Tribunal. Siete de ellos fueron condenados á la deportación, y á catorce se les impuso la pena de detención, destierro ó cárcel. Los que el jurado absolvió fueron enviados ante los tribunales correccionales por afiliaciones secretas.

Tal fué el complot de la Opera Cómica. Siguiéron otros, que revelaron un odio tan obstinado como impotente.

Un año después, el 11 de septiembre de 1854, cerca de Perenchies, pueblo de las inmediaciones de Lilla, se descubrió una máquina infernal, oculta debajo de los rieles del ferrocarril. El emperador se hallaba entonces en Calais, y se había anunciado que, al día siguiente, 12 de septiembre, saldría para Tournay á fin de devolver al rey de los belgas la visita que éste le había hecho. Entre Calais y Tournay no había más línea que aquella en que se había hecho el siniestro descubrimiento. La información ulterior estableció que aquella máquina había sido fabricada en Bruselas por dos refugiados franceses, los hermanos Jacquín. A causa de ciertas deficiencias de la ley belga, deficiencias subsanadas el año siguiente, no pudo concederse la extradición, y los dos miserables, expulsados del reino, encontraron un asilo en Inglaterra. El introductor de la máquina era un tal Dhenin de Lezennes, que fué condenado por la Audiencia del Norte á cadena perpetua.

A este complot siguieron atentados aislados: en 28 de abril de 1855, el de Pianori, que, en los Campos Elíseos, disparó contra el emperador, sin herirlo, dos tiros de pistola, fué condenado á muerte y murió en el patíbulo, llevándose al sepulcro el secreto de su crimen (1): cuatro meses después, el de Bellemare, pobre loco que fué encerrado en el manicomio de Bicétre. La opinión pública se impresionó al extremo de inventar crímenes imaginarios. Lo que no tenía nada de simulado eran los informes de la policía que dejaban presentir que el italiano Pianori tendría imitadores entre sus compatriotas. El complot de Tibaldi en 1857 y el de Orsini en 1858 habían de justificar aquella previsión. Pero de estos complots, sobre todo del segundo, que tuvo tan terribles consecuencias, hablaremos en su tiempo y lugar.

Mientras hombres perversos, locos ó fanáticos se encarnizaban contra la vida del soberano, en las mismas capas sociales, otros, menos criminales, pero más quiméricos, esperaban anticipar por medio de la insurrección el fin de un reinado aborrecido. La locura era grande. ¿Qué insurrección podía triunfar cuando todo estaba cuidadosamente preparado para evitar ó dispersar toda aglomeración de gente sospechosa? Sin embargo, en medio de la opresión general, quedaba una circunstancia en que el gobierno toleraba sin duda que la oposición se reuniese, y era cuando, á la muerte de algún demócrata famoso, sus amigos honraban su cadáver acudiendo en masa á su entierro. ¿No era posible convertir aquel fúnebre cortejo, protegido contra toda violencia por el decoro y la piedad, en un cortejo sedi-

(1) Véase *supra*, libro VI, párrafo 5.

cioso, y esto con tal rapidez que la policía no pudiese disolverlo á tiempo? De allí nacería entonces alguna tumultuosa manifestación y un motín quizás. El partido revolucionario tiene, como los demás, sus tradiciones ó, si se quiere, sus rutinas. Los republicanos se acordaban del general Lamarque y de sus sangrientas exequias, y llegaron á persuadirse de que el único servicio que un demócrata notable podía prestar en adelante, era el de morir á tiempo y proporcionar á sus correligionarios la ganancia de un cadáver ilustre.

No faltaron muertos. En 23 de octubre de 1853 se supo que Arago acababa de terminar en el Observatorio su larga y laboriosa carrera. Antiguo miembro del gobierno provisional, eminente por su sabiduría, por su carácter y por su integridad, Arago parecía el ornamento del partido democrático, que le respetaba mucho y que también le temía en extremo por su severidad con sus amigos. Pero, en la muerte, no quedaba más que un féretro glorioso que en la gran travesía de París, desde el Observatorio hasta el cementerio del Padre Lachaise, despertaría muchos recuerdos y haría rugir quizá muchas iras. Con esta esperanza, todos los elementos activos que quedaban del partido demagógico se dieron cita en la carrera que había de seguir el cortejo, sin plan determinado, pero con el propósito de provocar ó abultar todo incidente que pudiese originar trastornos. Pero el gobierno anduvo prevenido y confisgó al muerto con el pretexto de honrarlo mejor. Miembro de la Academia de Ciencias, sabio conocido en toda Europa, Arago era un personaje oficial, y se acordó rendirle todos los honores oficiales con una profusión que absorbiese todo lo demás. El día de las exequias acudieron al Observatorio el general Vaillant con los coches de la casa imperial, el ministro de Marina, señor Ducós, los ayudantes del príncipe Napoleón, un extraordinario número de oficiales de toda graduación, que sin duda se acordaban de que el difunto había sido ministro de la Guerra. También, para honrar al muerto, los guardias de París, los de infantería y los de caballería, habían sido convocados. Para dar mayor realce á la ceremonia, cuatro regimientos de infantería habían sido llamados á enviar gruesos destacamentos. Con tan imponente escolta el cortejo, después de los funerales celebrados en Santiago de Haut-Pas, empezó el largo trayecto que no había de concluir hasta el cementerio del Padre Lachaise. A medida que el cortejo avanzaba, la muchedumbre crecía. Esta hubiera sido más tumultuosa sin la presencia de las bayonetas, que parecían tan destinadas á mantener el orden como á honrar al difunto. En el cementerio, el Sr. Flourens, en nombre de la Academia, y el almirante Baudin, en nombre de las Oficinas de estudios geográficos, elogiaron al sabio, como era justo; elogiaron también al hombre desinteresado que, durante su permanencia en el poder, rehusó todo emolumento á fin de no aumentar las cargas de la República. La muchedumbre contemplaba de lejos todo aquel aparato, profundamente burlada, profundamente vibrante, pero severamente contenida. Después de aquellos discursos necrológicos, el cadáver bajó á la fosa, escapando á todos, adversarios ó amigos. Tales fueron aquellos extraños funerales. Así había querido el gobierno que fuesen; y así lo hubiera querido quizá el mismo Arago, el hombre más altivo y más enemigo del desor-

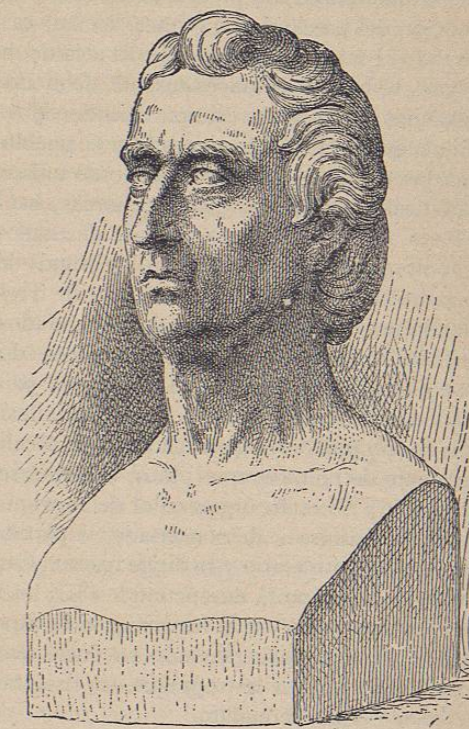
den, y el republicano que menos disimuló el desdén que su propio partido le inspiraba.

Cuatro meses después, una nueva pérdida despertó nuevas esperanzas. El 24 de febrero de 1854, Lamennais exhaló el último suspiro. Esta vez el difunto no podía ser confiscado con el pretexto de rendirle honores. No pertenecía á ninguna academia, no había adornado su pecho ninguna condecoración, ninguna dignidad había ido á buscarlo en su altivo aislamiento, de modo que, en muerte como en vida, no tenía más brillo que el de su grandeza y el de su caída. El mismo había dispuesto que se le enterrase sin ceremonial alguno. Como se sabía que el partido demagógico espía la ocasión vanamente esperada hasta entonces, el gobierno se hizo el intérprete de la voluntad del difunto. Antes de que el cuerpo fuese colocado en el féretro un comunicado dirigido á los periódicos anunció que no se permitiría á nadie seguir el cortejo, á excepción de los parientes, los albaceas y algunos amigos parsimoniosamente designados. El 1.º de marzo, que era miércoles de Ceniza, el coche fúnebre de los pobres se detuvo por la mañana, muy temprano, en el barrio del Marais, delante de la humilde morada en que el infortunado grande hombre había vivido sus últimos instantes; sin cura alguno cerca de aquel que en un acceso de entusiasmo habían osado comparar con Bossuet; sin más asistencia que la de algunos fieles mezclados con agentes de policía impacientes por terminar un servicio que prestaban de mala gana; acá y acullá las huellas aún no borradas de las orgías de la víspera, y á distancia, entre las brumas que envolvían todas aquellas tristezas, grupos que incesantemente trataban de formarse y que sin cesar disolvían los agentes de orden público. Como en el arrabal de San Antonio aumentaron los grupos, la fuerza pública interceptó la calle á fin de impedir toda apariencia de cortejo. Policía y pueblo mostrábanse igualmente irrespetuosos con el muerto, aquella en su prisa por enterrarlo y éste en su ardiente deseo de utilizarlo para sus iras. Tan pronto como el féretro hubo llegado al cementerio, cerráronse bruscamente las puertas, y el cadáver fué enterrado en la fosa común, sin un discurso, sin un adiós, sin ninguno de los ritos tradicionales que velan ó transfiguran las separaciones postreras. Durante una hora oyéronse cerca del cementerio algunos gritos y algunos estribillos de la *Marseillesa*, y el ruido de las pendencias con los agentes de orden público; poco á poco se restableció la calma, y las tropas, que, para mayor seguridad, habían sido concentradas en el barrio, se retiraron á sus cuarteles.

Complots y sediciones, todo escapaba á la demagogia, y hasta sus muertos le eran escamoteados. Ya que no en París, ¿estallarían en provincias algunas revueltas parciales? No era probable. ¿A qué hubiera conducido una escaramuza cualquiera, aun triunfante? Sin embargo, á fines de 1853, siendo extrema la carestía de trigo, se vió claramente que, á pesar de la opresión del Imperio, las predicaciones socialistas, tan ardientes antes del golpe de Estado, habían dejado huellas acá y acullá. A la miseria, fruto de la escasez, la guerra de Crimea añadió sus duelos, y cuando, en 1855, cundió el rumor de sangrientos descalabros, pudo observarse en ciertos puntos algún ligero síntoma de desafecto. Agentes subalternos, fanáticos ó ilusos, no necesitaban

más para recobrar esperanzas; y concentraron sus esfuerzos principalmente en la cuenca inferior del Loira. Aquellos oscuros manejos provocaron en las cercanías de Angers, entre los obreros de los pizarrales de Trelazé, una especie de toma de armas, turbulento episodio que contrasta con la sumisión general invariablemente mantenida en todo el resto del país (1).

El espíritu de fermentación obedecía allí á diversas causas. Los pizarreros no sólo se quejaban de la carestía de los víveres, sino que aspiraban á apartar la competencia de los trabajadores extranjeros; además, mu-



Arago

chos de ellos estaban afiliados á una sociedad secreta llamada *La Mariana* y se les representaba al emperador como el autor de todos los males, como el que, á toda costa, había que suprimir. Sobre aquellas masas ignorantes y crédulas dos hombres habían tomado cierto ascendiente: el uno, más vanidoso que resuelto, se llamaba Secretán; el otro, de apariencias más enérgicas, se llamaba Attibert. A principios de agosto de 1855, Secretán estuvo en París. Ignórase lo que allí hizo y los estímulos que recibió. Lo cierto es que, á su regreso, organizó una insurrección que había de estallar en la noche del 26 al 27 de agosto. A falta de habilidad, el plan revelaba una candidez singular ó una singular audacia. A las dos de la madrugada, las partidas, armadas lo mejor posible, habían de reunirse en la llanura de Trelazé para marchar á toda prisa hacia Angers; á la entrada del arrabal operarían su conjunción con los afiliados reclutados en la ciudad; se apoderarían luego del

(1) En las correspondencias de la época se encuentran algunos vestigios de aquellas inquietudes. «Sabemos, por los informes de la gendarmería, escribía en junio de 1855 el general La Rue, presidente de la junta consultiva de gendarmería, al general Martimprey, que se agitan malas pasiones en muchos de nuestros departamentos, y que el país soportaría muy difícilmente la prolongación de tan grandes sacrificios de hombres y de dinero.» (*Correspondencia inédita.*)



castillo, de los cuarteles, de la Prefectura, del Banco y de la Tesorería. De ahí no pasaba: lo demás era abandonado al azar.

Las autoridades de Angers recibieron algunos avisos; pero nadie pudo creer que tan insensato proyecto no fuese una mixtificación. Lo que favoreció la tentativa fué su propia locura. Sin creer en el peligro, las autoridades tomaron algunas precauciones. La policía fué puesta en guardia y la guarnición acuartelada. Mientras tanto, en Trelazé, Attibert y sus compañeros preparaban su golpe de mano. En la noche del 26 arrastraron á los obreros con amenazas ó con promesas: «Vamos á pedir la disminución del precio de los víveres, decían; es preciso que todo el mundo marche (1).» El alcalde, hombre enérgico, se hallaba entonces ausente, de modo que los ciudadanos pacíficos se vieron abandonados. El cuartel de la gendarmería fué ocupado y el pueblo entregado á los revoltosos. Echaron mano de toda clase de armas, fusiles, escopetas, pistolas, horcas, hachas, asadores, etc. Así se reclutó una partida de unos seiscientos hombres que, aumentada con los grupos de los pueblos inmediatos, se reunió en el llano de Trelazé, desde donde marchó hacia Angers. Los conjurados llegaron sin obstáculo al arrabal de la Magdalena, donde esperaban encontrar á sus cómplices; pero no pareció ninguno. La autoridad, dando al fin crédito á los avisos, había hecho prender á los afiliados de la localidad en el momento de reunirse en el *Mail*; con ellos se había encarcelado á Secretán, organizador del movimiento en la ciudad. Ansiosa y desconcertada, la partida de Trelazé cambia de itinerario y se dirige hacia el Campo de Marte, con la esperanza de encontrar allí á los aliados invisibles cuyo concurso le han prometido. Apenas hubo andado algunos pasos, cuando encontró, en vez de «hermanos y amigos,» la tropa que, sin disparar un tiro, la dispersó en un momento.

Al día siguiente el *Monitor* anunció á Francia, que ya había perdido la costumbre de esta clase de emociones, el motín más ridículo que peligroso de Trelazé y Angers. Seis semanas después, la aventura tuvo su epílogo. Ante la Audiencia comparecieron en dos series ochenta y cuatro acusados. Este proceso permitió pasar revista otra vez á los restos del socialismo provincial que en 1851 aspiraba á invadirlo y vencerlo todo. Attibert se mostró arrogante. Como el presidente le reprochase su conducta, él contestó: «No veníamos para pillar; veníamos á atacar á Angers como habéis atacado á Sebastopol.» El lenguaje de sus compañeros no correspondió á este orgulloso aplomo: unos se excusaron humildemente, diciendo que, «si marcharon, fué por temor de ser fusilados;» otros pretendieron que habían sido víctimas de un engaño, pues creyeron que sólo se trataba de pedir la disminución del precio de los víveres; los más osados confesaron que se habían sublevado por causa política. Attibert, Secretán y un tal Pasquier fueron condenados á la deportación, y la mayor parte de los demás lo fueron á penas severas. Para la mayoría la clemencia imperial mitigó las sentencias, ya que se trataba de amotinados sin importancia, que nadie había de imitar.

(1) Audiencia del Maine y Loira; interrogatorios (*Gazette des Tribunaux* del 10 de octubre de 1855).

Así es que, desposeído de todas sus armas, el partido demagógico se gastaba en manejos más ó menos estériles. De vez en cuando, ya á puerta cerrada, ya ante un público indiferente, una de las salas correccionales hacía comparecer algún miserable comparsa. Este había introducido sediciosos folletos de Inglaterra ó de Bélgica; aquél había reanudado la trama de alguna antigua afiliación secreta; tal otro había ocultado en su buhardilla cápsulas, pólvora y moldes para la fabricación de balas, todo mezclado con retratos de Ledru-Rollin ó Robespierre y con bonos de los comités de Londres. En el curso de los debates leíase alguna carta, casi siempre necia bajo sus aires misteriosos, y que el fiscal, con una obstinación casi pueril, se esforzaba en elevar á la altura de un documento subversivo. Los abogados encargados de la defensa informaban con la situd, tan cansados de sus clientes como de su propio papel. Hasta la sentencia pasaba inadvertida, de modo que todo escapaba, incluso el beneficio de la persecución. No había un solo republicano inteligente que no comprendiese aquel abandono. En vano trataban de adivinar el porvenir. Veían en todas partes el espectáculo, desconsolador para ellos, de un pueblo sumiso y de un gobierno bastante fuerte para atreverse á todo y, en tal desolación, no invocaban ya más poder que el de ese *Dios ignoto* que en Francia como en Atenas tiene siempre sus altares.

### III

El destino, tan adverso para los republicanos, ¿era más propicio para los partidarios de Enrique V ó, como se decía entonces, para los legitimistas?

El golpe de estado les puso en un cruel apuro. Votar contra Luis Napoleón era adherirse á la Revolución; pronunciarse en favor de él era hacer traición al principio monárquico. En tan gran perplejidad, la junta directiva del partido aconsejó á sus amigos que se abstuvieran (2). A algunos el consejo les pareció muy tímido: así es que en Nantes el marqués de Coislin consiguió fijar públicamente el decreto de destitución votado contra Bonaparte por la Asamblea legislativa en la alcaldía del décimo distrito (3). Otros, al contrario, juzgaron aquellas instrucciones excesivas, y fundándose en las necesidades sociales, depositaron en la urna un voto de absolución. Otros, en fin, llegaron á figurarse que Luis Napoleón no era más que el precursor de la realeza y, como ellos decían, le estaba haciendo la cama á Enrique V: increíble ilusión que se trasluce en muchas cartas contemporáneas.

El nuevo orden de cosas, si bien aplazaba indefinidamente toda restauración monárquica, dejaba á los monárquicos ciertas posiciones conquistadas de las cuales no convenía desalojarlos. En muchos pueblos, principalmente en el Oeste y en el Mediodía, las administraciones municipales se hallaban en sus manos y tenían numerosos puestos en los consejos generales; en muchas poblaciones constituían la mayoría en las comisiones de hospitales ó en las Juntas de beneficencia; en otras partes habían introducido en las Cámaras ó

(2) Véase M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, pág. 163.

(3) Id., id., pág. 171.

en los Tribunales de comercio sus mejores y más sólidos elementos burgueses. En casi todas las administraciones tenían adictos, adictos discretos, pero singularmente útiles en un país tan centralizado como el nuestro. Bastante retraídos hasta 1848, había vuelto á intervenir desde entonces en la gestión pública, y esto con gran provecho para el país, pues casi siempre se distinguían por su integridad y por el espíritu de independencia que debían á su natural orgullo y á su fortuna. ¿Qué suerte iba á depararles el Imperio? La perspectiva no iba á ser muy amplia ni muy halagüeña. Iban á tener que marchar por una senda estrecha, lejos de la adulación que les convertiría en renegados y lejos de la oposición ruidosa en que nadie les seguiría; iban á tener que realizar misiones modestas, sin ninguna esperanza de nombradía y con pocas esperanzas de gratitud; iban á tener que disgustar quizá al amado príncipe proscrito, á tener que guardarse de las gracias del príncipe reinante, y á tener que oír el reproche de ambiciones mezquinas ó de cálculos en la fidelidad. Tal como era, el deber se mostraba imperioso. Este deber consistía en no abandonar, por despecho ó desdén de un papel secundario, los restos de influencia que subsistían, sino, al contrario, acantonarse en ellos por previsión ó patriotismo. De este modo podrían, si no gobernar, dar de vez en cuando saludables consejos, examinar el empleo de los fondos públicos, velar por el patrimonio de los pobres, asegurar la buena administración municipal y contribuir á la obra de la justicia.

Así, pues, el partido realista podía, si no serlo todo, ni siquiera ser mucho, ser al menos algo. Del destierro llegó una orden que le prescribió no ser nada.

Me veo un poco apurado al tener que hablar de un príncipe muerto en el extranjero, sagrado por su cuna, por sus desgracias y por sus virtudes, y quisiera que, en presencia de un recuerdo tan augusto, no se mezclase con el homenaje ninguna sombra. Joven todavía en aquella época, el conde de Chambord se había creado una situación aparte en la gran familia de los reyes destronados. Debíala á la austeridad de sus costumbres, á la alta serenidad de sus miras, á sus hábitos laboriosos, á su liberalismo sincero. Los que le visitaban, volvían encantados de su alta cultura intelectual y de su bondad. De vez en cuando, en forma de cartas á sus amigos, se dirigía á la nación, y era tal la medida exquisita de su lenguaje, que aquellas cartas, reunidas más tarde, aún producen hoy una profunda impresión mezclada de admiración y de pesadumbre. Pero una de las grandes desgracias del destierro es la privación de la verdad. Se la rechaza cuando, rodeada de amargura, viene de los enemigos, y los amigos se guardan de llevarla, ó no la llevan sino por fragmentos escogidos, lo cual es peor que no llevar nada: los más osados llegan con el propósito de hablar muy alto, pero, por ternura ó por timidez, se calla en presencia del señor desgraciado. Algo apartado del mundo exterior, el conde de Chambord se había hecho, en su vida solitaria, una especie de doctrina personal muy lata y muy estrecha á la vez: muy lata, merced á su inteligencia y á sus abundantes lecturas; muy estrecha, á causa de las personas que le rodeaban á causa de sus alianzas y de las influencias de toda clase que, en torno suyo, aprisionaban la luz ó no la dejaban llegar sino en rayos muy debilitados. Era liberal

al extremo de asombrar á sus amigos, pero con la reticencia tácita de que su autoridad real lo dominaría todo, lo detendría todo y sería bastante fuerte para retirarlo todo á su antojo y sin peligro. Observaba los sucesos, y hasta los observaba con meritoria aplicación, pero doblegándolos á sus propios pensamientos, tales como los habían hecho madurar las enseñanzas de sus maestros y la meditación de sus deberes soberanos. Su ideal real lo colocaba él á una altura que desconcertaba, á tal altura que la humanidad común no podía alcanzarlo, y, en efecto, no lo alcanzó jamás. En su juventud había escuchado á los políticos de su partido. En la época en que Napoleón consolidó su fortuna, empezaba ya á refugiarse en una especie de misticismo que más tarde le invadió enteramente. Su misticismo se mezclaba con miras positivas, hasta minuciosas (pues trabajaba con una rara conciencia); pero estas miras, á menudo ingeniosas y profundas, se apresuraba á adaptarlas á una sociedad más bien ideal que real, de modo que volvía á la teoría hasta cuando parecía salir más de ella. Cuando, de tarde en tarde, alguno de sus amigos osaba darle consejos, esforzándose por rasgar los velos que le cubrían el mundo existente, escuchaba con complacencia, no refutaba las ideas, pero las atenuaba ó las modificaba hasta haberlas avasallado á su plan preconcebido. Cuando insistían, ora cortaba el razonamiento con alguna chanza (pues era hombre de chispa), ora se irritaba, se volvía imperioso, y finalmente, recordando que era de la estirpe de Luis XIV, mandaba en absoluto. En estas raras ocasiones, como era el mejor, el más digno de los príncipes, se apresuraba á suavizar la herida que había inferido. Pero lo que sacrificaba á las personas se guardaba bien de concederle respecto á los principios: por esta parte era inflexible, inflexible con entera convicción; y esta misma convicción que honraba á sus errores impedía que se curase de ellos.

La primera manifestación de esta voluntad absoluta fueron sus instrucciones que, desde 1852, prescribieron á los realistas el inmediato abandono de todos los cargos que implicasen el juramento de la Constitución. Y como ningún cargo escapaba á esta obligación, todos los monárquicos se encontraron de golpe condenados al ostracismo. La mayor parte de ellos obedecieron á su rey proscrito como le hubiesen obedecido estando en el trono. De ahí una serie de dimisiones en los municipios, en las juntas de beneficencia, en los consejos generales, en los tribunales de comercio; y el movimiento no se detuvo hasta que hombres nuevos hubieran reemplazado en todas partes á los que se retiraban.

Conducta estrictamente lógica, pero peligrosa desde dos puntos de vista. Hacer el vacío en torno del gobierno hubiera sido posible en un país como Inglaterra, donde el papel de los poderes públicos es restringido, donde la parte de la iniciativa privada es, por el contrario, bastante grande para ocupar todas las actividades y, á la larga, sobrepujar al gobierno. Hasta un completo cambio de leyes y costumbres, esta misma táctica sería ilusoria en un país como el nuestro, en que el poder lo maneja todo y penetra de tal manera en todas partes, que todo el que quiera escaparle sistemáticamente no sabe qué hacer. El segundo peligro, todavía mayor, residía en la condición de aquellos á quienes el príncipe dirigía sus órdenes. Aquellos señores rura-